

INÚTILES FORMAS DE DOMAR LA MISERIA

Nélfer Velilla





Premio de Novela
Germán Espinosa
Sub - 35

©2023, Editorial Escarabajo S.A.S.
Calle 87A No. 12 - 08 Ap. 501
Bogotá, Colombia
www.escarabajoeditorial.com
escarabajoeditorial@gmail.com

©Nélfer Velilla

Colección Narrativa Colombiana Escarabajo “La Tejedora de Coronas”

Director de la colección: Eduardo Bechara Navratilova
Editores: Bianca Febbraio & Eduardo Bechara Navratilova
Diseño de la colección: Escarabajo Editorial SAS & Abisinia Editorial
Diseño de portada: Alejandra Casallas
Diagramación y diseño del interior: Melissa Álvarez Quintero
Ilustración: Hobbes James & Luis Carlos Raciny
Foto del autor: Nino Photography

ISBN: 978-628-7546-35-6

Queda hecho el depósito de ley.

Primera edición en Colombia: Escarabajo Editorial S.A.S. 2023

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida de forma total o parcial, ni registrada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito del autor o la editorial.

**Inútiles formas de
domar la miseria**

*A Rosa María, por supuesto.
A Paula Andrea, siempre.*

*Y su recuerdo es solamente una desvanecida
aglomeración de caras, de palabras,
de sensaciones, sin explicación ni consecuencias.*

La casa grande
ÁLVARO CEPEDA SAMUDIO

Esantapájaros

Vuelven en comitiva. Están a un par de kilómetros. Fueron a exigir y no les dieron. Fueron a pelear y les ganaron. Preguntaron si había epidemia. Les respondieron con una negativa. Hace rato no hay mujeres embarazadas. No lo ven como un mal presagio. «Mejor», dicen algunos. «Aquí ya nadie quiere nacer», sueltan los otros.

Es de noche. Caminan por una larga trocha de la sabana. La parte más llana de todo Sucre. Se les hace más ancha por el cansancio.

No corre brisa.

Si hubiera luna, notarían más adelante las dimensiones del caserío. Podrían ver la cuadrícula que dibujan los callejones angostos. Vislumbrarían los techos de palma, las vías destapadas a golpe de machete y pisadas de burro, las hileras de limoncillo que separan los patios. Verían también la gallera, la plaza de las trinitarias, la pequeña iglesia y el cementerio grande. Como tampoco hay luz eléctrica, se borra en el horizonte ese territorio reseco donde edificaron el pueblo. Hace semanas la luz no llega.

Ellos saben dónde están las fincas. Ningún sentido lo percibe, pero podrían señalar hacia dónde se extienden

los cultivos de yuca y ñame. O se extendían, porque se han muerto. Si se lo pidieran, también serían capaces de apuntar hacia aquel hoyo profundo y vacío en la tierra. La cuenca seca.

Después de varios pasos lentos y acompasados, empiezan a surgir al frente los destellos débiles. Lamparitas de queroseno. Las luces van y vienen, como si estuvieran reflejadas en un charco. A menos de dos kilómetros, se les asemeja a un enjambre de luciérnagas.

Si hubiera optimismo, les agradaría la imagen.

Rafael Manaure se abre paso entre la pequeña multitud. Quiere llegar primero. Está cansado. Camina más rápido porque no ve la hora de reposar en su hamaca.

Cuando está a unos cien metros, empieza a aparecer el quiosco de vigilancia delante de la oscurana. Está en una de las trochas por las que se entra al pueblo. Dos débiles fuegos de lámpara están a punto de extinguirse.

Rafael Manaure mengua el paso. Una de las ampollas de sus pies se ha reventado. No se puede caminar tanto con abarcas viejas, piensa. Ya se ve mejor la choza. Ya se ven mejor los guanábanos y los ciruelos calvos al costado. Ya se ven las siluetas de Calisto, Solangel y Emiliano sentados en los taburetes.

No se mueven.

Las lámparas se apagan por completo. Se lo toman muy en serio, piensa Rafael. Está muy cerca y les levanta la mano. Ellos no saludan de vuelta. Siguen inmóviles. No parecen cómodos en los asientos. La cabeza de Emiliano tiene una posición extraña.

Rafael siente la viscosidad en la suela de la abarca. No se detiene a limpiarla. Ya lo hará en el quiosco. Después de saludar y que lo saluden de vuelta. Después de dar la mala noticia. Hicieron todo. No funcionó nada.

Cada vez es más curioso. Se pregunta cómo es que aún no lo han visto. ¿Por qué habrán dejado apagar las lamparitas? Empieza a cojear. El dolor es punzante. Vuelve a pensar en el plan: esperará a los hombres, mujeres y niños de la comitiva. Mientras tanto, limpiará la sangre y la materia. Dará las buenas noches a su compadre Francisco. Él será el último en llegar. Lo sabe porque lo envió hasta el fondo. Rafael delante y

Francisco en la retaguardia. Vendará su pie. El trapo está en la mochila. Por fin se irá a descansar.

Abarcas desgastadas

A Ituango, soberanos.

1

—Hay algo que cae, Sico.

—¿Cómo así?

—Pues así. Visto de cierta manera siempre hay algo que cae.

—Ya va a salir usted con sus inventos.

—No, hombre. Preste atención. Si uno para bolas, se da cuenta de cómo caen las cosas. Vea no más las palmas de esta casa. Siempre van cayendo. Y no hablemos de la lluvia.

—¿Qué lluvia? No me joda. Las palmas se caen de la resequedad.

—O tal vez es como yo lo pensaba antes, Sico... las cosas no caen, sino que el mundo se eleva y deja algo atrás, en el fondo. Entonces nosotros lo olvidamos porque de todas maneras seguimos subiendo. Pero eso es ser muy optimista, ¿no cree usted?

—A mí una vez se me cayó una billetera. Y esa sí la dejé atrás. Tenía plata, pero eso no me dolió como me dolió una cartica que me había escrito mi hijo.

—¿Cuál de los hijos?

—Su ahijado.

—¿Y para qué carajos le dio una carta si usted no sabe leer?

—No sé. Me dijo, mira papito, te escribí el secreto del mundo en este papel, ahora te toca aprender a leer para descubrirlo.

—Tremendo el pelao ese. Dios lo tenga en su gloria.

—Amén.

—¿Sí ve? Hay cosas importantes que caen, casi a cada segundo. Como esa carta que a usted ahora le duele, ¿no cree?

—Vea, se nos está haciendo tarde para ir a la gallera, digo, ya nos deben estar esperando. Camine.

—Cuando usted habla es como si cantara un vallenato. ¿Usted se da cuenta?

—...

—Dígame, Sico.

—Deje la mamadera de gallo y más bien camine, hombre.

2

Rafael Manaure se levanta del taburete. Agarra su mochila de cabuya colgada en el horcón de la sala. Se la guinda en el hombro. Ve un pedazo de palma seca cayendo despacio. Lo atrapa. Se pone el sombrero y camina detrás de Francisco. Ambos se acomodan las fundas de los machetes en sus cinturas.

Al salir, sienten cómo se quiebran las hojas secas debajo de sus abarcas. La casa estaba fresca por dentro. Rafael es consciente otra vez del verano cuando el calor lo azota al salir. Se acomoda el sombrero. Sus pasos son lentos; su actitud, serena.

Caminan en silencio por varios metros, abriéndose paso entre altos matorrales marchitos. Van con cuidado de no rozar la pringamoza, cuyos tallos y hojas se camuflan entre la hierba mala que no ha arrasado aún la sequía. Llegan a la calle destapada. Giran un poco antes de la plaza. Ya se empiezan a perfilar las chozas de bahareque, blanqueadas con cal. Los dos hombres marchan por la orilla de la vía. Las trinitarias enredadas

en estacas de matarratón y totumo ofrecen un poco de sombra.

Pronto se desvían por la ruta estrecha hacia la gallera. A lo lejos ven a Beto. Se acerca montado en su burro. Saluda con movimientos vivos de la mano y gestos de alegría. Francisco le dice cómo está. Se pregunta por qué siempre parece tan contento. Beto los espera y luego los acompaña parte del camino.

La gallera es un conjunto de varas de cañabrava organizadas en hileras. Están levantadas como muros. Una cerca octagonal. El techo es de palmas amarillas y pálidas, sostenidas con alambres oxidados. En los maderos apolillados las avispas han instalado sus panales. El piso es una placa de barro gris seco, moldeado por las pisadas. Produce cierta sensación de desequilibrio a quien no está acostumbrado a caminar sobre él.

Cuando Rafael entra detrás de Francisco, cerca de cuarenta personas abandonan las charlas que segundos antes componían una considerable algarabía. El silencio se acomoda. Solo se escucha el zumbido de los mosquitos y de las avispas en el techo.

Sentados en la mesa del centro, Rafael y Francisco remueven algunos papeles. Los han puesto ahí para dar la sensación de orden y diligencia. Así lo recomendó el profesor Arsanios en cierta ocasión. Siempre se negaba a ayudar al pueblo y, de manera furtiva, mandaba razones con sus alumnos. Rafael ve las caras nuevas. Se alegra de haber dado órdenes precisas sobre la organización de los papeles en la mesa. A pesar de que no entiende lo que hay en ellos, le parece buena idea. Todo debe estar organizado, o lucir organizado, piensa.

No está muy contento con la idea de proferir el discurso. Francisco apoya los codos en la superficie carrasposa de la mesa: se menea a causa del piso desnivelado.

—Mi compadre —dice en voz baja—, cuando guste.

Rafael pone las manos en la mesa —se mueve otra vez— y se apoya para levantarse. Todos esperan sus palabras. El zumbido de los mosquitos y las avispas ya se ha perdido entre el silencio. Los asistentes miran cómo Rafael se aplasta el bigote con los dedos. Tiene toda la

cara sudada. Da unos pasos. Se agacha y pone una mano sobre el barro seco. En su camisa blanca de delgadas rayas azul cielo se infiere el torso doblado, irregular, como si lo hubieran apaleado antes de entrar a la gallera. Su cara, las ojeras renegridas y el bozo aplastado que alcanza a rozarle el labio inferior, en lugar de seguridad, producen tristeza. Algunos le tienen respeto por su solemnidad y las historias vagas sobre su valentía. Debido al ambiente expectante y a la malinterpretación de la figura de ese líder enclenque, cada movimiento suyo parece una consagración. Entonces el hombre extrae un pedazo de barro del suelo. Lo pone debajo de la pata desnivelada. Un problema a la vez, piensa, y toma asiento.

—Me excuso por la demora —dice mientras se acomoda en el taburete. Se quita el sombrero y pasea la mirada, deteniéndose en las caras nuevas.

Hombres y mujeres, por igual, llevan en la cintura las fundas de donde sobresalen las cachas de los machetes. Hace más calor dentro del recinto pese a la palma. Un vaho pesado se ha instalado en el aire. Todos están acostumbrados a los hálitos hediondos de la sangre seca del redondel donde los gallos se pelean, de los fumadores de calilla, de los sobacos de los recolectores de yuca y de los antes pescadores. Desde hace tiempo han domado su aversión a los olores fuertes, porque siempre están presentes. De esa misma manera han domado su aversión a la tristeza.

—Me dijeron que hoy se nos uniría más gente y veo que era verdad. Eso está muy bien. Entonces primero me voy a referir a los nuevos. Luego hablamos de lo debido —Rafael sigue moviendo la cabeza para dar la sensación de abarcar a todo el mundo. De vez en cuando pasa el índice de la mano izquierda por la frente para removerse el sudor—. Si veo rostros nuevos es porque no son de aquí de La Trinitaria, han de ser de Cenagal. Si han venido, señores y doñas, es porque se han dado cuenta de qué tamaño están las cosas. Primero quiero dejarles en claro una cosa: aquí la cuestión es de respeto. Si yo he tomado la voz, óigase bien, eso no es por autoridad de ningún talante. De pronto me lo permiten porque no me tiembla la boca pa' decir las vainas. Con esa idea

en la cabeza, a mí me pueden llamar Rafael, compañero, compadre, aunque no seamos compadres, o como les hayan enseñado en la casa. A nadie aquí se le paga o se le agrade para mirar hacia arriba, ni a mí ni al que tienen al lado. De aquí en adelante reconózcanse a ustedes mismos como gente buena, gente brava, gente con huevos. No estamos haciendo sino asegurar ciertas condiciones pa' el hijo, el marido, la mujer, el vecino. Hay cosas que caen, que caen todos los días —se seca el sudor de la frente con la manga de la camisa. Prosigue—: y a nosotros, a la gente brava, nos corresponde levantar esas cosas.

Francisco se percata de la presencia de un niño, de unos catorce años, moreno, calvo y delgado, abriéndose paso entre la gente.

—¿Quién trajo pelaitos a la reunión? —pregunta, interrumpiendo a Rafael—. Los niños se dejan en la casa, digo, eso es claro. Los niños están para estudiar, a ver si se vuelven abogados un día. La lucha es larga y el camino es culebrero.

—Para como están las cosas —replica Rafael—, no nos conviene hacerlos estudiar tanto. El camino es tan culebrero que pueden torcerlos en el bachillerato.

El niño se toma del antebrazo y dice:

—Señor. Yo me llamo Isaac. Vine porque el profesor Arsanio... yo sé leer.

Un hombre moreno, alto, cuya calvicie se adivina debajo del sombrero, habla detrás del niño.

—Señores, si él le sirve a la causa, puede estar aquí. Yo soy su papá y no veo problema si se hace cargo de las libretas. Ustedes dispondrán.

—¿Qué opina, Villalobos? —pregunta Rafael.

Álvaro Villalobos cruza los brazos grandes, pesados. Avanza desde el costado derecho de la mesa. Todos notan al macancán y se estremecen con su voz grave y ronca, la única evidencia de sus sesenta años.

—Meterse a esto es firmar la sentencia de muerte —dice—. Si el niño y el papá lo saben, yo tampoco le veo problema.

—El profé nos ha contado las cosas bien —dice el papá del niño—. Nosotros venimos ahora porque las construcciones avanzaron. Nos demoramos mucho para

reaccionar. En Cenagal ya nos quitaron varios terrenos. La cuenca está más baja. Ya no podemos pescar.

—A todas estas —dice Rafael—, ¿caso el profe cambió de opinión y se nos va a unir?

—De eso yo no sé. Él nada más nos explicó bien la situación del río. Nosotros pensamos que toda esta vaina se debía a la sequía.

—Y eso no es lo único —Rafael se levanta de la silla. Camina hacia donde está el niño. Cuando está parado frente a él, le señala la cintura y pide con los dedos. El niño entiende y, con movimientos torpes, se descuelga la funda y la entrega con el machete. Rafael los sostiene un momento y luego se los alcanza al papá.

—El niño no necesita esto si va a escribir y leer — dice y, a continuación, levanta la voz dirigiéndose a todos en la gallera—: Villalobos tiene razón. No me gusta reconocérselo, pero la tiene. Hacer parte de esto no es fácil. Es una condena. Que lo digan los matados de hace dos meses y los de hace seis. O quienes cayeron y no pudieron ser levantados, o los que fueron amarrados en las sillas para darnos a creer que seguían ahí despiertos, vivos, vigilando. Los vimos, señores, como si fueran unos espantapájaros. Volvíamos de la marcha, de estar al frente de la gobernación por cuatro días con sus noches. Veníamos a pie y a lo lejos ya empezábamos a ver las siluetas de Calisto, Emiliano y mi compadre Solangel. Les levantamos la mano, los saludamos con tristeza, pero eso era media tristeza o un cuarto de tristeza porque después nos acercamos más. Pensamos: qué raro, los compadres no nos saludan de vuelta. Y la tristeza fue entera, no, qué va, fue más que eso, tanto que ni se puede mentar, cuando vimos la sangre y también las cabuyas. Y eso no fue todo, pero para qué decir más. Ustedes entienden, mejor dicho, ustedes deben entender en qué se están metiendo. Nosotros no podemos echarles embuste. Las vainas están complicadas.

Francisco se queda mirando a Rafael. Villalobos descruza sus anchos brazos. Algunos de los asistentes agachan la cabeza. Las palabras han sido de un influjo electrificante. El calor ya parece haberse ido. El mundo afuera de la gallera es como si se hubiese parado tras la

evocación de aquellos recuerdos. No hay espacio para pensar en la sed, en las gotas de sudor bajando por las frentes y las espaldas, en los pendientes para después de la reunión o en que quizá sería buena idea largarse de ahí para siempre.

—Ahora nos toca seguir —continúa Rafael—, por nuestros caídos y por nosotros mismos. Y si están aquí hoy es porque a Villalobos se le ha ocurrido una mejor idea de cómo hacer las vainas. Vamos a golpear, a golpear duro. Y para eso necesitábamos más gente. Ahora vamos a escucharlo a él.

Álvaro Villalobos se pone frente a la mesa. Antes de soltar la primera palabra, el portón de la gallería se abre con estrépito. Beto entra. Su rostro es de profunda congoja. Ese rostro familiar detestado por todos, ese rostro indisoluble en la consciencia colectiva de La Trinitaria. Rafael tiene una idea fugaz sobre el tiempo en que dejará de escuchar aquella tonada vallenata en la voz de Francisco.

—¿Qué pasa? —pregunta Villalobos con su voz pesada. Beto se quita el sombrero y responde:

—Acaban de matar al profe Arsanio en la plaza.